

## Palabras del Marqués de la Valdavia en el aniversario de la muerte de «Manolete»

«**N**OS encontramos aquí, como en años anteriores, después de haber cumplido el deber religioso de encomendar a Dios Nuestro Señor el alma del finado, de Manuel Rodríguez «Manolete», y estamos aquí, delante de la lápida, testimonio de justicia a quien bien merece y mereció el recuerdo y alta estimación de todos, del gran torero, de la gran figura del genial cordobés. Y a la justicia que la Diputación hace recordando su nombre y enalteciéndole se unen representantes del arte taurino, representantes de los agraciados con la generosidad del torero, es decir de los enfermos, y representación también de los médicos— aquí veo al decano interino—, del clero, de las monjas, de la prensa y Diputados que me acompañan en este acto tan justo y merecido, y hay que decir que debía haber, muchos más representantes de otros estamentos. Nosotros estamos cumpliendo con un deber de honrar a quien lo merece, de enaltecer a quien es justo enaltecer y al propio tiempo honrándonos nosotros mismos al hacer lo que hacemos de enaltecer a quien enaltecemos. Puede decirse, señores, que tenéis la atención de escucharme, que Manuel Rodríguez «Manolete», el gran torero de Córdoba, cubrió las distintas etapas en su vida de actuación profesional. Luchó con grandes dificultades, como luchan todos los que comienzan en el difícil y peligroso arte de torear. Consiguió triunfar merced a su esfuerzo y valía, y desde lo alto del sitial conquistado contempló, seguramente, lo que había representado la ascensión, y allí supo de justicias y de egoísmos, de egoísmos y de justicias, mezcla de las características de la Humanidad, y tuvo la suerte enorme de poder servir a su Patria fuera de ella, actuando en tierras americanas de verdadero embajador, enalteciendo el nombre de la Patria, y aquí siguió toreado y poniendo de manifiesto, en todas sus actuaciones, el arte más depurado, junto a su gran valor.

Y cuando un día, sirviendo gratuitamente a la Beneficencia, resultó cogido en la Plaza madrileña, fué como la despedida al mundo taurino, puesto que la Plaza de Madrid representa a la fiesta como ninguna otra. Sin ofensa para nadie, pero con justicia para nuestra Plaza. Era el adiós al arte de torear. Después siguieron unos meses, y en Linares cayó en la fecha en que nos encontramos, pero realmente ya se había despedido de la fiesta, en Madrid; era una prórroga en su cometido.

Entonces, nuestro Caudillo, que convive con la realidad nacional y que está identificado con todo lo que acaece en España, le concedió la Cruz de Beneficencia y me comisionó, con gran honor y satisfacción, la satisfacción triste, como el caso requiere, para imponer a su cadáver, a la puerta del hotel donde vivía con su madre—para esta señora nuestro recuerdo—, la Cruz de Beneficencia, distinción que se le concedía por servir a su Patria y por su espíritu caritativo y por desempeñar con toda dignidad su cometido.

Y este hombre, que supo triunfar y que logró lo más difícil quizás que la vida lleva consigo, que es sostenerse en el triunfo, ya que el lograr un éxito puede ser producto de la casualidad o de otras circunstancias favorables, pero el perdurar en un sitio tiempo y tiempo, teniendo, como es natural, que sufrir los embates de los que quieren el puesto que está ocupado, representa tantas o más dificultades que lo primero. «Manolete» lo supo hacer y supo sostenerse. Triunfó y se sostuvo. Puede decirse que la gloria le acompañó en el toreo, y seguramente, pensando en su vida y en su muerte y en las características de bondad y caridad que le acompañaban, habrá triunfado también en la mansión de los justos, y en la bienaventuranza gozará de Dios. Nosotros, un año y otro, lo pedimos, y al demandar a la Providencia esta misericordia demandamos también para nosotros el que podamos por mucho tiempo continuar esta justicia, enalteciéndonos a nosotros mismos al hacerlo y congregarnos en torno a esta obra que inmortalizan unos actos y un nombre, para proceder con justicia y para honrarnos a nosotros mismos.»



La imagen de la Virgen se veneró, primitivamente, en el puerto de Lisboa y, en el año 711, fué trasladada a los montes de Extremadura, donde la hicieron Patrona de Plasencia.

---

En el siglo XVIII se terminó una ermita en la ribera del Manzanares, obra del arquitecto Pedro de Ribera, y fundada por el Marqués del Vadillo en honor de la Virgen del Puerto y al servicio de las lavanderas madrileñas.

---

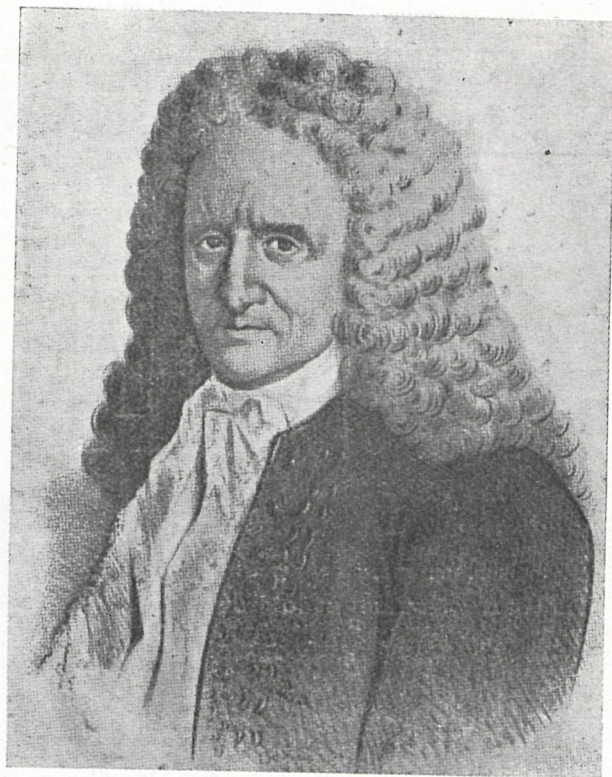
De izquierda a derecha publicamos un grabado de la Ermita, la imagen de la Virgen y, por último, un retrato del Marqués del Vadillo.



LA Virgen del Puerto, venerada en la ribera del Manzanares, de la Villa y Corte de Madrid, por las humildes y fervorosas lavanderas de esta vieja Villa, es la misma que se venera en Plasencia.

Desde el siglo XVIII, y año del Señor de 1718, en que fué terminada su ermita en el día 10 de noviembre, por el Arquitecto don Pedro de Ribera, al cual favoreció mi antepasado colateral, el señor don Antonio de Salcedo y Aguirre, Corregidor que fué de la Villa y Corte del Reino de España, y el cual por la referida fundación de la ermita nombrada, así como por otras acciones meritorias en su corregimiento y por haber ayudado a la causa de Felipe V con sus hijos en la guerra de Sucesión, fué premiado con el título de Vizconde del Puerto y, más tarde, trocado éste por el de Marqués del Vadillo, ya que aquel sitio donde fué erigida la ermita llamóse de tiempo inmemorial «El Vadillo», aunque otros autores creen ser debido a la finca que en Soria, y cerca de La Poveda, poseía don Antonio, y de cuya tierra era Señor. Además, el nuevo Marqués había dado voluntariamente a sus dos hijos, don Lope de Salcedo y Tordoya, que fué muerto en Zaragoza, y su hermano don Iñigo, que murió en la batalla de Almansa. Don Antonio de Salcedo y Aguirre, antes de ser Corregidor de Madrid, lo fué de Plasencia, en la hoy provincia de Cáceres, y allí don Antonio se hizo muy devoto de la Virgen del Puerto, que era Patrona de aquella ciudad extremeña.





# LA VIRGEN DEL PUERTO

y a la que dedicaron los naturales de aquel país sus más ardientes devociones.

Don Antonio de Salcedo quiso, al venir de Corregidor a Madrid, fundar una ermita a la devoción de la Virgen del Puerto, y al objeto de que las lavanderas del Manzanares no se viesan privadas de la asistencia a la Santa Misa en los domingos y días festivos. Así como también para que ellas fuesen protegidas por tan Excelsa Patrona, que ya desde Extremadura acarrea la creencia de dar leche buena y abundante a las madres en lactación, por lo cual, al principio, fué llamada esta imagen «Virgen de la Buena Leche»; más tarde, habiéndose formado allí a orillas del Manzanares el día 8 de septiembre un mercadillo de melones de Villacañeros, dióse en llamarla por el nombre popular de la Virgen de la Melonera, pues aprovechando el ferial de esta Santa Patrona, eran abundantísimos los mercaderes de melones que allí se reunían.

El Marqués del Vadillo, primero en el orden genealógico, fué nombrado tal el 12 de agosto de 1712 en el palacio del Buen Retiro de Madrid. Más tarde, la Reina Victoria, esposa de Amadeo de Saboya, persona muy cristiana y caritativa que se hallaba recién dada a luz del que fué el madrileño Duque de los Abruzzos y explorador más tarde del Polo Norte, paseando con su niño lactante por la ribera del Manzanares, vió un niño que lloraba de hambre y, movida a caridad, en

un ribazo del río, le dió de mamar de su augusto pecho, lo que conmovió en extremo a la madre, al volver y ver aquella escena, cuando estaba ella colgando en el tendedero las ropas recién lavadas.

Cuéntase que aquello le hizo a la Reina decidirse a edificar un refugio de criaturas de lavanderas, en que se les daba de desayunar y de almorzar a los niños de éstas. Todo ello de su peculio particular, como lo había sido hecho también por el Marqués lo de la fundación de la ermita, con cuenta para su sostenimiento de una nómina sobre los impuestos de la Villa y Corte, para su mantenimiento.

La Virgen del Puerto, primitivamente, se llamó así por ser la Virgen que se veneraba en el puerto de Lisboa o del Mar de Palha, y representa una Virgen con el niño dándole de mamar. Los portugueses la tenían en el barrio de Belén y al invadir los árabes a España, el año 711, la llevaron a los montes de Extremadura, cerca de Plasencia, y los naturales de Plasencia la tomaron por su Patrona. La imagen de la Virgen, en talla de madera estofada con panes de oro, fué encargada a hacer a un escultor madrileño, por el primer Marqués del Vadillo, y esta imagen desapareció en la última guerra civil, sin que se haya averiguado su paradero; tal vez fué víctima de los incendios que los bombardeos frecuentes de la Villa y Corte producían durante la última guerra.

EL BARÓN DE BEORLEGUI





Carlos I de España y V de Alemania, vencedor de Francisco I de Francia

LA CAUTIVIDAD DE FRANCISCO Y LOS DELFINES EN MADRID

(Un buen libro francés de Duhamel en 188)



Francisco I, el Rey vencido

Monasterio de Yuste. Es una aportación valiosa, puesto que sigue paso a paso, circunstanciadamente, la cautividad del monarca francés desde la misma tarde en que fué derrotado en la batalla famosa de Pavía hasta su encierro en Madrid, que es principalmente lo que a los lectores de CISNEROS les interesa.

El autor va siguiendo las huellas históricas del itinerario del prisionero real: Pavía, Pizzighetone; el puerto de Gênes —en el que fué embarcado para España—, Mónaco, Niza y, por fin, la bahía de Cadaqués, donde echaron el ancla para desembarcar. Desde Palamós, el rey cautivo y su escolta partieron a caballo para Barcelona, donde se le tributó una magnífica acogida durante tres días, y el 22 de junio de 1525 embarcaba de nuevo para Valencia, deteniéndose en Tarragona unas fechas, siendo caballerosamente hospedado por el Arzobispo en su palacio prelaticio. Al llegar por mar a Valencia fué saludado con viva simpatía y gran curiosidad con el efecto cristiano que despertaba su infortunio, aunque los valencianos en el fondo de su corazón celebraban la aplastante derrota de sus ejércitos por patriotismo; pero yo no estoy muy seguro, con permiso de mi gentil amigo y colega Duhamel, de que las «femmes arrachent l'oeillet de leur coiffeure et le lui jetten», porque las mujeres valencianas del siglo XVI no se permitían la licencia de tirarles claveles a los reyes; lo cierto es que cuatro nobles o grandes de España se ofrecieron gentilmente para apresurar su libertad.

Parece que Carlos V pensó instalar a su prisionero en el castillo de Játiva; pero el capitán y Chambelán del Emperador, don Jerónimo de Cavanilles, interpretando caballerosamente las órdenes recibidas, lo condujo a su propio alcázar fortificado de Benisanó, cerca de Liria, palacio que rodeaban amplias murallas y caminos de ronda con jardines, por los que el regio cautivo paseaba a su placer.

II

LA MARCHA HACIA MADRID

El 21 de julio de 1525 la comitiva partió de nuevo hacia Madrid, deteniéndose en Requena, pasando por Cuenca y Sacedón, y en Guadalajara el viejo Duque del Infantado organizó en honor del malaventurado monarca francés grandes fiestas durante cinco días, sin temor a pensar que pudieran no gustarle tales agasajos al hijo de doña Juana «la Loca».

Por fin, tras de una noche en Alcalá de Henares, entraba Francisco I de Francia en Madrid, a 15 de agosto de 1525. Dejémosle descansar, al menos de momento, para decir, entre tanto, que la ruta ha sido minuciosamente trazada, con toda clase de pormenores y algún pequeño error, propio de quien no conoce España y, por



Francisco de Avalos, Marqués de Pescara, el general vencedor del Rey vencido en Pavía

CON gentil dedicatoria nos acaba de enviar el ilustre historiador francés Jean Duhamel un libro suyo publicado pulcramente en la librería de la casa de la Ville de París, con el título sugestivo de «La captivité de François Ier. et des Dauphins». Responde esta obra a la honestidad, a la claridad, a la sencillez, a la raria, correcto estilo y buena documentación a que nos tiene acostumbrados su autor, Jean Duhamel, nombre ilustre en las letras francesas, que obtuvo tan codiciados premios con el *Fabien* y el *Gobert* de la Academia Francesa, laureles que corresponden a sus obras *Le Vie et le Mort de Louis XIV*, *Le République renouée* y *Louis-Philippe et le premier Entente cordiale*, respectivamente. Además se deben a su bien cortada pluma *Les Mœurs anglaises*, *À Trieste, sur les pas de Françaises*, *La Justice discutée* y *Le Château d'Eu*, entre otros muchos. Se abre la obra con una introducción que pone en situación al lector no especializado sobre lo que era Francia en el siglo XVI, haciendo algunas consideraciones en torno a su precaria unidad política. Hace un cumplido retrato físico y moral del monarca francés, que gobierna con mano fuerte, reforzando el poder real frente a los grandes señores feudales, y traza asimismo el cuadro impresionante de los hechos y circunstancias del Emperador Carlos I de España y V de Alemania, sacando la conclusión, a través de encontrados intereses, de la lucha inevitable entre ambos soberanos de la misma familia.

Jean Duhamel publica su libro con gran oportunidad, puesto que este año se conmemora el IV centenario del rival de Carlos I en el



tanto, disculpable. Jean Duhamel completa su obra con cartas y otros recursos documentales, detalla los esfuerzos realizados para lograr la libertad del soberano francés, las exigencias del Emperador, las embajadas, los rehenes y la cautividad de Francisco I en Madrid hasta que se decide a firmar el Tratado famoso de 14 de enero de 1526, dejando a sus dos hijos mayores, «los Delfines», en prenda de que cumpliría lo pactado, que no lo cumplió más que en parte.

Carlos V quiso casar a su prisionero con su hermana —con la hermana del Emperador, se entiende— doña Leonor, viuda del rey don Manuel de Portugal. Pero no adelantemos los acontecimientos y volvamos a la entrada de Francisco I en Madrid. Se agolpaban a su paso las multitudes y el real cautivo se dirigió con su escolta y guardianes al Alcázar Real, no a la Torre de los Lujanes, frente al Ayuntamiento actual, según quiere la leyenda que Pedro de Répide glosó tan bellamente. La tradición tuvo lugar en un pasaje de la obra «Teatro de las Grandezas de Madrid», de Gil González Dávila, en el que se asegura que el regio prisionero fué puesto a buen recaudo en la casa de don Fernando Luján. No es nada probable, pues en un expediente del proceso que se conserva, fechado a 19 de diciembre de 1525, el mismo monarca afirma sin lugar a dudas «qu'il a toujours été détenu et reste détenu dans le château et forteresse de Madrid», que no era otra que el Palacio Real, una imponente construcción, sólida y cuadrangular, reforzada con torres en los ángulos, la cual desapareció con el incendio de 1634 y fué reemplazada por el palacio actual, construído en el siglo XVII por Felipe V. Entre tanto, nuestros Reyes habitaron el Palacio del Buen Retiro, que levantó Felipe IV de Austria. El poeta y cortesano Luis de Zapata, autor del poema «Carlos Famoso», exaltando las glorias del Emperador afirma en el canto XXVI:

*De allí en Madrid, el Rey fué aposentado  
en el Alcázar Real, con su corona,  
adonde fué servido y fué tratado  
como en París los fuera, o en Narbona.*

Francisco I fué bien tratado, pese a la leyenda romántica, pues no hay que olvidar que era primo o pariente cercano del Emperador; pero es claro que le faltaba la libertad y que la guardia que le servía de acompañamiento era celosa en el cumplimiento de sus deberes, aunque con exquisita cortesía. No hay que olvidar que en varias ocasiones los franceses trataron de libertar a su soberano, lo cual nos parece perfectamente lógico, con ingeniosos y audaces procedimientos que no dieron resultado alguno.

El cautivo rumiaba su amargura en tanto y había nombrado Regente de Francia a su madre Luisa de Saboya, viuda de Carlos de Angulema, a la cual ayudaba en tan arduo menester la princesa Margarita. El monarca en prisiones, tratando por todos los medios honorables de recobrar su libertad, nombró plenipotenciarios o representantes suyos cerca de Carlos V —como es sabido, entonces la capital política era Toledo aún— al Mariscal de Montmorency, a Mr. Jean de La Barre, al Arzobispo de Embrún, al Tesorero de Francia Filiberto Babou y a Jean de Selve, Presidente del Parlamento de París. Empezaron las negociaciones y Carlos I de España concedió audiencia a los embajadores extraordinarios de la Corona francesa. Los escuchó correctamente, sin hacer ninguna clase de observaciones, y como los plenipotenciarios lo tomaron por buen indicio, le pidieron un salvoconducto para que viniera a España la princesa Margarita de Valois, única hermana de Francisco I y andando los años reina de Navarra, pues siendo viuda del duque de Alençon se volvió a casar con Enrique de Albret. Rodeado de su Consejo, el Emperador dijo que la infanta podría venir con plenos poderes o simplemente a ver a su hermano (los franceses esperaban que lo fuera para firmar un tratado de amistad y de alianza), pero en lo demás no soltó prenda.

Se conserva la minuta de las proposiciones hechas a Francisco I, firmadas las cuales se decretaría inmediatamente su libertad:

- 1.<sup>a</sup> Rendición de la Borgoña y del Vizcondado de Auxona.
- 2.<sup>a</sup> Soberanía de Charolais, Noyon y de Château-Chi-nón a favor de Carlos V.

3.<sup>a</sup> Soberanía de Flandes y de Artois a favor también de la Corona de España.

4.<sup>a</sup> Casamiento de Francisco I con Leonor de Austria, viuda del Rey de Portugal.

5.<sup>a</sup> Restitución de Hesdin, Tournai, Arras y otros territorios.

6.<sup>a</sup> Ratificación de todos los Estados y Parlamentos de Francia.

7.<sup>a</sup> Ayuda al Emperador y pago de las soldadas de seis mil hombres.

8.<sup>a</sup> Devolución de todos los bienes que les fueron confiscados al Condestable de Borbón y demás compañeros del mismo, acusados de rebelión.

9.<sup>a</sup> Suspensión de la vista del proceso que la Regente Luisa de Saboya le sigue al Condestable don Carlos de Borbón, Delfín de Auvernia. (La madre de Francisco I era tía del poderoso y orgulloso Duque de Borbón, al cual quería disputarle algunos Estados, lo que dió motivo a la defección de éste.)

10. Abandono de Nápoles, Milán, Gênes y Aosta.

11. El príncipe Carlos de Borbón permanecería exento de servicio y de toda clase de obligaciones cerca del Rey de Francia mientras viviera, pudiendo quedar adscrito al servicio del Emperador, así como sus compañeros.

A estas demandas se añadía el pago de los millones de escudos-soles, el cual se haría en diversos plazos y modalidades. Al monarca prisionero estas proposiciones le parecieron excesivas, cediendo en un principio en todas, salvo las tres primeras.

### III

#### EL TRATADO DE MADRID

Se fueron sucediendo las negociaciones, aumentaron y cambiaron algunos embajadores de París, vino y se fué la princesa Margarita de Valois como vino, y Francisco I cayó enfermo antes de llegar a su hermana. La Duquesa de Angulema, Regente de Francia, escribía con frecuencia al Emperador y a su hijo cartas que Jean Duhamel transcribía. Cuando Carlos V se entera de la enfermedad de su prisionero, estando de caza en la sierra próxima a Toledo, mandó a don Juan de Zúñiga, capitán de su guardia, con el encargo de que los médicos reales, que lo eran los famosos don Luis Lobera Alfaro y el Dr. Narsis, se trasladaran inmediatamente a la cabecera del enfermo para restablecer su salud con el mayor celo. Así se hizo, y el día 18 de septiembre un mensajero de Madrid llegaba a Buitrago e informaba al Emperador que el Rey de Francia se había agravado. Aunque era al anochecer, Carlos I se puso en camino y, al llegar a Alcobendas, un nuevo mensajero le dijo que el Monarca se debilitaba de hora en hora, a pesar de cuanto hacían para salvarlo los médicos. Galopó hasta Madrid la comitiva imperial y subió Carlos V hasta las habitaciones del alcázar, donde se hallaba el regio enfermo. Allí estaban el General español Carlos de Lannoy y el mariscal francés Montmorency. No se habían visto los dos soberanos desde hacía muchos años, y el Emperador abrazó con emoción al enfermo, que tenía fiebre altísima. A pesar de ello quiso incorporarse en el lecho y le dijo:

—Señor, ved aquí a vuestro esclavo y prisionero.

—No —replicó el César—; vos sois mi primo, mi hermano y mi amigo. Pronto seréis libre. Ahora lo que importa es que recuperéis la salud. Lo demás se arreglará como vos queráis.

—Señor, sólo os pido y suplico que no haya intermediarios entre nosotros.

Los grandes señores de la comitiva imperial entraron a ver al enfermo; todos se interesaron respetuosamente por su salud y, tras de muy corteses frases de aliento, partieron a descansar, porque todo el mundo estaba fatigado.

Al otro día por la tarde Carlos V volvió a visitar al enfermo, encontrándose en su cámara a Margarita de Valois, viuda del Duque de Angulema, pues su marido había muerto a consecuencia de las heridas que recibiera en Pavía. La saludó cariñosamente. El 26 de septiembre el estado del regio enfermo era tan desesperado, que hubo un momento en que su hermana lo creyó muerto. Se arrojó sobre él llorando y notó que respiraba. A partir de ese momento el doliente empezó a mejorar, asistido cuidadosamente por los médicos imperiales, al mismo tiempo que en